

CAPITULO XXIX.

Nuevas contrariedades.

HABIENDO cesado las deliberaciones entre el consejo de Salamanca, porque fray Fernando de Talavera fué nombrado obispo de Avila, y porque todas las miradas se apartaron de la ciencia para consagrarse á la guerra, Colon tuvo una conferencia con el arzobispo de Toledo.

—Veo que sois muy desgraciado, le dijo éste despues de oír sus amargas quejas. Pero, amigo mio, vuestro plan es grandioso; si le llegais á realizar, os aguarda un triunfo inmenso, y lo que mucho vale mucho cuesta.

Si quereis seguir mi consejo, no desesperéis; el rey os estima; pero más que la estimacion puede en él el deséo de eclipsar los descubrimientos que ha hecho Portugal, y no dudo que en cuanto termine la guerra contra los moros prestará mayor atencion á vuestros proyectos, y aunque la opinion de vuestros examinadores sea desfavorable, tal vez, ante la perspectiva del triunfo, se resuelva á ampararos.

La reina, que no solo es cristiana, sino que cree en vos y que influye poderosamente en el ánimo de su augusto esposo, ambiciona la gloria, no para ella, que es humilde y bondadosa, sino para su corona, para sus pueblos; será vuestra más constante protectora, sobre todo si no os pierde de vista, porque en la corte, amigo mio, hay tanto que hacer, son tan va-

rias las emociones y se multiplican tanto los acontecimientos, que es necesario refrescar á menudo la memoria de las personas á quienes necesitamos para que no nos echen en olvido.

—Segun eso, vuestra eminencia me aconseja....

—Que sigais á la corte á todas partes, que aprovecheis todas las coyunturas de poner en evidencia vuestra persona, y de cultivar las relaciones de las personas á quienes conocéis, y que en un momento dado puedan favoreceros.

Ya sé que no teneis recursos, pero no en balde soy vuestro amigo. En todas vuestras necesidades acudid á mí.

Yo conseguiré, ademas, que en las jornadas que hagais con la corte participeis de bagaje y racion como agregado á la servidumbre real, y si perseverais en vuestro plan, á pesar de las desdichas que os aguardan, todavia alcanzareis la gloria que os espera.

En vista de estos consejos, resolvió Colon acompañar á los reyes en todas sus expediciones, y en los primeros dias de la primavera de 1487 volvió á Córdoba con la corte, que hacia todos los preparativos para comenzar la memorable campaña de Málaga.

Colon creyó que, habiendo sido nombrado fray Fernando de Talavera obispo de Avila, se alejaria de la corte, y como por un fin inconcebible era el que contrarestaba el buen deséo que hácia él tenian los reyes, pensó que su influencia ganaria más terreno en la voluntad de los monarcas.

Pero fray Fernando de Talavera, no solamente era el confesor de la reina, sino uno de sus más activos consejeros en las cuestiones militares, y acompañó á la corte.

Agradecido Colon á la buena acogida que le habian dispensado los dominicos de San Estéban, se despidió de ellos, y particularmente de su amigo Diego de Deza, el cual ántes de darle aquel cariñoso adios:

—Tened fe, amigo mio, le dijo; como yo os he comprendido llegaràn á comprenderos, y no hay duda, vuestro poderoso génio alcanzará el galardón que merece.

Los buenos dominicos llenaron su bolsa, le proporcionaron relaciones para otros conventos de su órden por si acaso necesitaba la hospitalidad ó recursos, y despidieron con las lágrimas en los ojos, porque la verdad es que su noble corazón y su profundo talento les habian cautivado.

Antes de llegar á Córdoba se separó de la régia comitiva para acercarse á Baeza y tener el placer de estrechar en sus brazos á su querido hijo Fernando.

El niño crecia al calor de los buenos y leales servidores de Beatriz, y en medio de sus desventuras experimentó el pobre marino la satisfaccion de ver que gracias al cariño que habia inspirado á Beatriz, los únicos séres más queridos de su corazón que le habian quedado en el mundo, vivian con desahogo y tenian un porvenir risueño.

Con ménos ánimos para continuar luchando, se dirigió á Córdoba, y su historia desde entónces hasta el momento en que llegó al monasterio de la Rábida, marchó enlazada con la de los gloriosos monarcas que consiguieron arrojar de los últimos minaretes de la oriental Granada la média luna, para clavar en ellos la Cruz, signo sublime de la religion.

Ante la necesidad de la guerra, quedaron olvidadas las grandiosas conquistas que ofrecia Colon.

El rey, valiente y entendido capitán, habia resuelto, de acuerdo con su consejo y el de la reina, empezar las operaciones militares contra Málaga, apoderándose ántes de Velez-Málaga, plaza fuerte situada á más de cinco leguas de aquella ciudad en el extremo meridional de una cordillera de montañas, que por extenderse hasta Granada debia facilitar una gran posición á los soldados españoles para combatir á la morisma.

La rendición de esta plaza fué el principal objeto de aquella campaña.

Las fuerzas que habian dado las ciudades de Andalucía, de las huestes de los nobles y de la caballería que habian proporcionado todas las provincias del reino, ascendia por aquel tiempo á unos doce mil hombres de á caballo y cuarenta mil infantes.

Este crecido contingente de tropas era la mejor prueba del vehemente entusiasmo que habia en los pueblos por auxiliar á sus reyes, y del deseo que tenian de alejar para siempre de España á los árabes.

Amaneció el día 7 de Abril; un sol hermoso resplandecía en el cielo.

La vega cordobesa estaba tapizada de verdura.

Todo sonreia en la naturaleza.

Todo parecia asegurar el triunfo de las huestes de los Reyes Católicos.

La ciudad se aprestaba con alegría y fe á despedir á los guerreros, y desde muy temprano empezó á notarse gran movimiento en la población.

A cada instante, en cada calle, en las plazas formando corros, se hallaban soldados, sobre cuyas aceradas corazas y relucientes cascos jugueteaban los rayos del sol, conversando con las mujeres y los hombres del pueblo, demostrando en sus palabras el profundo entusiasmo que tenian en su alma, los vehementes deseos que llevaban de hacer triunfar la religion de sus abuelos.

La noche anterior habia ocurrido un funesto accidente en la ciudad.

Un terremoto habia destruido una parte del palacio real y algunos otros edificios.

Pero este suceso, que en otra ocasion hubiera contristado á

todo el mundo, no solo pasó poco ménos que desapercibido, porque nadie pensaba más que en la gloria que aguardaba á las armas españolas, sino que hasta una frase de la augusta Isabel, pronunciada en aquellos momentos del conflicto, apenas se divulgó por la ciudad, aumentó el fuego en el corazón de los soldados, y fortaleció el espíritu abatido de los débiles.

—El alcázar de Córdoba se ha arruinado, dijo la reina. Volemos á Granada para que mis soldados me conquisten un palacio, y yo tenga una morada bendecida por los ministros de nuestra santa religion.

Las tropas, al frente del rey abandonaron la ciudad en medio de las alegres aclamaciones de sus habitantes.

Colón formaba parte de la expedición.

La campaña debía ser dura y penosa.

Después de atravesar el ejército el río Yeguas y la noble y antigua ciudad de Antequera, entró en el terreno áspero y montañoso que se extiende hácia Velez.

Los ríos estaban tan crecidos por las grandes lluvias, y los vados eran tan malos y difíciles, que hubo días en los que aquella numerosa hueste no pudo adelantar más que una legua, y llegó el caso de que, no hallando ningún paraje donde acampar en el espacio de cinco leguas, morían los hombres agobiados por el cansancio, y las acémilas caían bajo la pesada carga para no volver á levantarse más.

Doce días tardó el ejército en llegar á sentar sus reales delante de Velez Málaga, y al encontrarse allí el desaliento de los capitanes fué grande, porque los caminos tortuosos y difíciles habían sido causa de que no pudieran llegar hasta donde estaban las tropas los ingenios grandes de batir que habían trabajosamente preparado.

Tenían, pues, que valerse de los pequeños ingenios de batir.

Mientras los cristianos hacían estos preparativos los moros, que conocían la importancia de Velez para la seguridad de Málaga, se alarmaron.

Fuó tal la sensación que produjeron en Granada las noticias del peligro que corría aquella plaza, que el mismo Zagal quiso ponerse al frente del ejército para libertar á la ciudad sitiada.

Durante el día vieron los moros de Velez coronadas las alturas de las montañas próximas á la ciudad por millares de enemigos, y por la noche continuaron viéndoles al siniestro resplandor de las hogueras.

En vista de esto, concibieron el plan de desbaratar por sorpresa á sus sitiadores, y así lo hicieron, saliendo al campo y comenzando á luchar sin precaución de ningún género.

El marqués de Cádiz les obligó á retirarse á su capital, desbaratando en breve tiempo el numeroso ejército que acudillaba el Zagal.

No era esta su última derrota.

Olvidándose los suyos de sus antiguas victorias, volvieron los ojos á Abdallah, cerraron al Zagal las puertas de la ciudad cuando llegaba perseguido por los cristianos, y aquel desgraciado árabe no tuvo más remedio que retirarse á Guadix, plaza que, con las de Almería, Baza y algunas otras, continuaba siendo fiel á su causa.

En aquella jornada estuvo á punto de perecer don Fernando el Católico.

Algunas partidas de cristianos se retiraban en desorden ante un escuadrón enemigo, y el rey, que estaba á la sazón en su tienda, sin pensar en el peligro que corría, sin más arma defensiva que su corazón, montó á caballo, se arrojó en medio de los enemigos, y consiguió reanimar el valor de sus soldados, que decidieron el triunfo.

Pero en medio del combate, habiendo perdido D. Fernando la lanza, hacia los mayores esfuerzos para sacar la espada, que pendia del arzon de su silla, cuando se vió acometido por algunos moros.

Logró desenvainar su acero, y batiéndose como un leon, evitó los tajos de sus adversarios, que ignoraban cuán grande, cuán soberano triunfo les aguardaba si le hubieran vencido.

Afortunadamente corrieron á su ayuda el marqués de Cádiz y Garcilaso de la Vega.

—¿Qué habeis hecho, señor? le preguntaron despues de hallarse en salvo. ¿No conoce vuestra majestad que vuestra direccion es más preciosa en el ejército que vuestra lanza?

—¿Y qué monarca, contestó el rey, puede detenerse á calcular los riesgos, cuando por causa suya ve peligrar la vida de sus vasallos?

Esta respuesta, que no tardó en divulgarse en todo el campamento, le granjeó el amor de su ejército.

Despues de aquellas reñidas batallas, los habitantes de Velez estaban seguros de que no tenian más remedio que rendirse.

Vencidos por mar y tierra, sin esperanzas de socorros, capitularon.

A la capitulacion de esta ciudad siguieron otras, y las huestes cristianas se abrieron paso hácia la antigua Málaga.

Málaga, que en los siglos XII y XIII era capital de un principado independiente, era despues de Granada la ciudad más importante de los moros.

Los fértiles campos que la rodeaban, su cómodo puerto en el Mediterráneo, le proporcionaba un comercio de los más importantes con las regiones apartadas del mundo.

Ricos sus habitantes, sus casas rodeadas de risueños jardi-

nes y de bulliciosos saltadores de agua, se asemejaban á los oasis del desierto.

Bien conocian sus moradores que aquella joya debia excitar la codicia de los cristianos, y anticipándose á sus proyectos rodearon la ciudad de fortalezas de gran resistencia, y mandaron construir una ciudadela unida á la ciudad por medio de un camino cubierto con una segunda fortaleza, inexpugnable por su posicion, y situada en la falda de la sierra de la Aljarquía.

Cuando las tropas de los Reyes Católicos se aproximaron á Velez, fué reforzada la guarnicion de Málaga con voluntarios de las ciudades inmediatas y con una legion de mercenarios de Africa, llamados "gomeles" hombres de un valor á toda prueba y de una disciplina singular.

Hemet Zeli obtuvo el mando de este importante punto.

Creyendo el rey que capitularia, le envió al marqués de Cádiz para que tratase de las condiciones; pero todas sus ofertas y proposiciones fueron desechadas y no hubo más remedio que sitiar la plaza.

El sitio duró mucho tiempo.

Todos los dias habia escaramuzas y combates, en los que el triunfo se dividia por partes iguales.

El rey hizo llevar desde Velez, por mar, á su campamento, las lombardas más gruesas, que habian tenido que quedarse en Antequera al sitiar á Velez Málaga, y se mandó á buscar á Algeciras balas.

En el campamento, unos se ocupaban en hacer balas, en preparar toda clase de municiones, mientras que otros reunian los ingenios de guerra, máquinas que continuaron en usarse mucho tiempo despues de conocerse las armas de fuego.

Una nueva complicacion aplazó la conquista de aquella ciudad.

La peste se habia desarrollado en Málaga; algunos árabes desertores comunicaron la noticia al campamento, y al ver los espías de los moros el efecto que habia producido en las tropas cristianas, animaron á los caudillos á preservar en la defensa, asegurándoles que el rey Católico no podia permanecer mucho tiempo delante de sus murallas.

El desaliento que se apoderó de las tropas de don Fernando fué causa de que llamase éste á su esposa doña Isabel, para que con su presencia, como lo habia hecho otras veces, infundiese valor á los soldados.

La reina, sin vacilar un solo instante á pesar de los peligros que corria, se puso en camino acompañada del cardenal de España, de otros elevados dignatarios de la Iglesia, de la infanta Isabel y de gran número de damas y caballeros de su corte.

Durante la ausencia de don Fernando habia permanecido en Córdoba, y Cristóbal Colon habia tenido ocasion algunas veces de conversar con ella acerca de sus proyectos.

Con gran pena la vió partir, tanto más cuanto que no solo habia logrado interesarla más y más en sus esperanzas, sino que aguardaba de un momento á otro la llegada á Córdoba de su amigo don Alvaro, personaje portugués, á quien habia tenido ocasion de conocer en Lisboa, y que por lo elevado de su linaje estaba llamado á tener gran influencia en la corte de España.

Pero todavía no se habia cansado la desgracia de perseguirle, y debia experimentar otro nuevo dolor.

Dejemos á los reyes, Isabel alentando á los soldados, Fernando ocupado en concentrar con sus capitanes los medios más eficaces de apoderarse de la ciudad de Málaga; abandonemos aquellos reales en los que debia suceder á Colon una nueva desdicha, y retrocedamos para conocer cuáles eran los

lazos que ligaban al noble genovés con el alto personaje, que no era otro que don Alvaro de Portugal, hermano menor del duque de Braganza; el cual, huyendo de su país, se refugiaba en España y llegaba á Córdoba poco despues de haber salido para el campamento de Málaga Isabel la Católica.

Solo de esta manera podremos comprender los motivos que tenia para protegerle, y la trascendencia del infortunio de Colon.